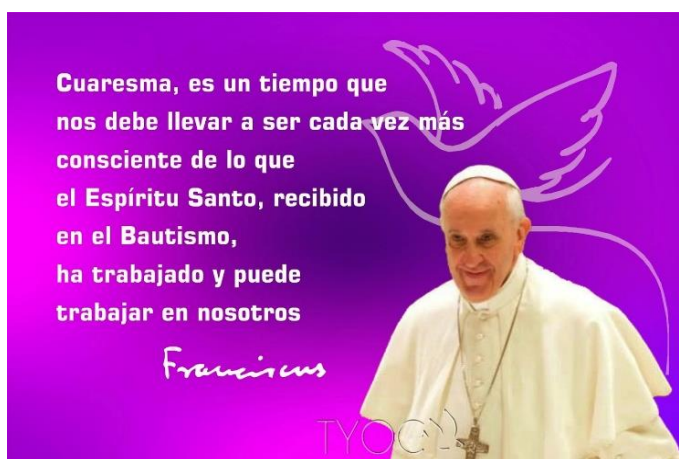




Tiempo de Cuaresma, tiempo del Espíritu

Tánger, 12 de febrero de 2024

A todos los hermanos y hermanas que están en la archidiócesis de Tánger, amados de Dios, llamados a ser santos, gracia y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Con estas palabras, inspiradas en el saludo de san Pablo en su carta a los cristianos de Roma, me dirijo a vosotros cuando, un año más nos disponemos a comenzar la Cuaresma que nos irá acompañando paso a paso hasta conducirnos a la solemnidad de la Pascua, misterio central de nuestra fe cristiana. Un buen modo de iniciar este tiempo litúrgico es dedicar un tiempo a la lectura atenta del hermoso mensaje que el Papa Francisco ha dirigido a toda la Iglesia con el sugerente título: ***A través del desierto Dios nos guía a la libertad.***



Aunque no es una realidad ambiental que nos envuelva en la diócesis, para quienes vivimos en esta hermosa tierra de Marruecos la palabra *desierto* habla de una realidad muy próxima a nosotros, tantas veces adornada con imágenes y evocaciones no exentas de romanticismo. Pero el *desierto* -lo sabemos bien- es para la tradición bíblica que inicia con Abraham, *nuestro Padre en la fe*, una realidad profundamente significativa, estamos ante un espacio particularmente propicio para prepararse a recibir y experimentar realidades cargadas de sentido. Como nos recuerda san Marcos en la lectura evangélica del primer Domingo de Cuaresma, apenas recibe el bautismo Jesús es impulsado por el Espíritu a adentrarse en el *desierto* para ser allí *tentado por Satanás*, poniendo así de manifiesto que el *desierto* es un espacio privilegiado para enfrentarse a la lucha contra el mal.

Pero el *desierto* es también lugar propicio para la escucha de uno mismo y de Dios; es lugar para la revelación del Dios invisible, un ámbito propicio para que acoger con estupor las teofanías de Yahvé bajo la imagen de la nube espesa o de la columna de fuego: Dios habla a Moisés en el *desierto* y es en un paraje desértico donde contempla la zarza ardiente y escucha por primera vez el nombre santo del Dios innombrable; es en el *desierto* donde Moisés recibe las Tablas de la Ley y el pueblo se vincula a su Dios mediante la Alianza; será en el *desierto*

donde Israel experimente la bondad de un Dios que lo colma con sus dones (maná, codornices, agua que brota de la roca...); será también al *desierto* donde -como a lugar privilegiado- Dios conduce a su esposa-Israel para renovar con su pueblo una Alianza nupcial quebrantada por la veleidad de una nación que corre presurosa tras *dioses que no son más que apariencias*.

Para el pueblo de Israel -como para nosotros- el *desierto* no es lugar de permanencia sino de tránsito; es el espacio que hay que recorrer para pasar de la esclavitud a la libertad, de la tierra del "no Dios" a la Tierra Santa, sea que esta tierra amarga se llame Egipto o Babilonia. El *desierto* señala un espacio y un tiempo que tienen una meta; es un tiempo y un espacio intermedio, de espera y esperanza; en él se concreta un camino duro y agotador, pero al mismo tiempo purificador en el que el Israel vive la *luna de miel* de una Alianza nupcial sellada por el amor gratuito de Yahvé.

El *desierto* no es solo un espacio geográfico, cronológicamente vinculado a la experiencia histórica del antiguo pueblo Israel; es una realidad profundamente simbólica. Como nos presenta cada año el primer Domingo de Cuaresma, Jesús comienza su camino evangelizador en el *desierto*; allí se enfrenta cara a cara con el poder de las tinieblas y responde -no sin esfuerzo- vinculando sin mediaciones su vida a la Palabra de Dios. Fortalecido por su lucha victoriosa, Jesús inicia su ministerio itinerante de proclamador de la Buena Noticia. Igual que para el antiguo pueblo de Israel, el *desierto* se presenta también para Jesús como un espacio y un tiempo intermedio en el que no cabe la instalación; por eso el tiempo del *desierto* -sean cuarenta años, sean cuarenta días- sólo puede ser vivido entrenándose en actitudes fundamentales: la paciencia, la espera, la perseverancia..., aprendiendo día a día el precio a pagar para vivir en la esperanza.

El *desierto* es para la persona creyente camino; en el *desierto* es necesario ponerse en marcha; no se puede parar ni caer en la tentación de regresar a la falsa seguridad de Egipto; en el *desierto* hay que luchar cada día para vencer la tentación del estancamiento y poder oponerse con energía a las múltiples fuerzas que empujar para dar marcha atrás olvidando la perspectiva de una *Tierra de promisión que mana leche y miel*. En el *desierto* hay que estar siempre atentos y vigilantes para escuchar las voces que hablan desde lo profundo del corazón, saber discernir los signos del tiempo presente y acoger la Palabra que Dios dirige de modo privilegiado cuando no hay dispersión, ruido y agitación.

En su mensaje para la Cuaresma de esta año el Papa Francisco nos invita a la conversión por *los caminos del ayuno, la oración, la limosna y la cercanía eficaz a los pobres y a los que sufren*. Es una llamada a la conversión que entraña un cambio efectivo de valores, un cambio profundo del corazón y de la mente, que no es un cambio superficial y estético.

En Cuaresma estamos invitados a reconocer nuestro pecado, el vacío de una vida mediocre y sin horizontes; pero esto no es suficiente. La conversión es verdadera cuando fortalece la fe y la adhesión cordial y plena al Señor. La conversión es volver, regresar, como hizo el hijo pródigo. La conversión ha de ser un manantial de esperanza y alegría. Entraña dolor por haber caminado por sendas equivocadas. Por eso, la conversión es algo muy profundo y conlleva regresar afectiva y efectivamente a la casa y a las cosas del Padre, es sentirse abrazados por las manos acogedoras del Padre, es entrar en la intimidad y el calor del hogar familiar, que hemos abandonado con un corazón endurecido. Es necesario volver una y otra vez al Señor Jesús, *camino, verdad y vida*, es fijar la mirada y el corazón en Él, retirándolos de otros intereses: el dinero, el orgullo, el prestigio la imagen... Nuestros ojos deben estar siempre clavados en Jesús; pero esta mirada se purifica y acrisola de modo particularmente intenso en el *desierto*.

Al inicio de este tiempo litúrgico abramos nuestra capacidad de escucha y contemplación para percibir cómo la Cuaresma nos plantea interrogantes que van más allá de nuestras expectativas personales o comunitarias. Con el papa Francisco en su mensaje para la Cuaresma percibimos que *“también hoy llega al cielo el grito de tantos hermanos y hermanas oprimidos. Preguntémonos: ¿nos llega también a nosotros? ¿Nos sacude? ¿Nos conmueve? Muchos factores nos alejan los unos de los otros, negando la fraternidad que nos une desde el origen”*.

Nuestra vida está tejida de múltiples actividades, pero necesitamos con urgencia saber entrar en el *desierto*; como recuerda Francisco en su mensaje, *“La Cuaresma es tiempo [...] para detenerse. Detenerse en oración para acoger la Palabra de Dios, y detenerse como el samaritano, ante el hermano herido. El amor a Dios y al prójimo es un único amor. No tener otros dioses es detenerse ante la presencia de Dios, en la carne del prójimo. Por eso la oración, la limosna y el ayuno no son tres ejercicios independientes, sino un único movimiento de apertura, de vaciamiento: fuera los ídolos que nos agobian, fuera los apegos que nos aprisionan. Entonces el corazón atrofiado y aislado se despertará. Por tanto, desacelerar y detenerse. La dimensión contemplativa de la vida, que la Cuaresma nos hará redescubrir, movillizará nuevas energías. Delante de la presencia de Dios nos convertimos en hermanas y hermanos, percibimos a los demás con nueva intensidad; en lugar de amenazas y enemigos encontramos compañeras y compañeros de viaje. Este es el sueño de Dios, la tierra prometida hacia la que marchamos cuando salimos de la esclavitud”*.

Concluyo estas palabras con las que el papa Francisco dirige a toda la Iglesia casi al final de su mensaje para la Cuaresma de este año: *“La forma sinodal de la Iglesia, que en estos últimos años estamos redescubriendo y cultivando, sugiere que la Cuaresma sea también un tiempo de decisiones comunitarias, de pequeñas y grandes decisiones a contracorriente, capaces de cambiar la cotidianidad de las personas y la vida de un barrio: los hábitos de compra, el cuidado de la creación, la inclusión de los invisibles o los despreciados. Invito a todas las comunidades cristianas a hacer esto: a ofrecer a sus fieles momentos para reflexionar sobre los estilos de vida; a darse tiempo para verificar su presencia en el barrio y su contribución para mejorarlo. Ay de nosotros si la penitencia cristiana fuera como la que entristecía a Jesús. También a nosotros Él nos dice: «No pongan cara triste, como hacen los hipócritas, que desfiguran su rostro para que se note que ayunan» (Mt 6,16). Más bien, que se vea la alegría en los rostros, que se sienta la fragancia de la libertad, que se libere ese amor que hace nuevas todas las cosas, empezando por las más pequeñas y cercanas. Esto puede suceder en cada comunidad cristiana”*.

A quienes caminamos en esta archidiócesis de Tánger siguiendo las huellas de Jesucristo os deseo un sereno y provechoso itinerario personal y comunitario a través del *desierto* cuaresmal, *espacio en el que nuestra libertad puede madurar en una decisión personal de no volver a caer en la esclavitud*; recorrámoslo teniendo ante los ojos la luz de la Pascua, que proyecta su resplandor sobre todos y cada uno de los momentos de nuestra vida.

+Fr. Emilio Rocha Grande, ofm
Arzobispo de Tánger